

EL EPIGUIÓN Y EL JUEGO DE LA “PATATA CALIENTE”

Fanita English

Este artículo trata sobre el epiguión, en tanto que diferente a la vez del guión y del contraguión.

El guión es un plan de vida elaborado como reacción a un mandato que proviene del Niño en el Padre e integrado seguidamente como un “electrodo” en el Padre en el Niño. El epiguión lo engendra un poco después en la misma época el Adulto en el Niño, al que se le designa corrientemente como el Pequeño Profesor. Cuando el Niño recibe unos mandatos, el Pequeño Profesor lucha por eliminarlos y evitar por tanto cumplirlos sobre todo si el guión es hamártico o trágico.

Quizás por instinto, el Pequeño Profesor está al servicio de la vida. Él es intuitivo, tiene osadía, pero su falta de experiencia y los límites de su poder le impiden evaluar objetivamente el guión. Busca, ante todo, las caricias de los padres: es por lo que está indefenso ante los mandatos. En estas condiciones, recurre al pensamiento mágico y construye el epiguión. Éste es una intriga secreta basada en la creencia mágica de que evitará por sí mismo un destino nefasto, si llega a transmitirlo a una víctima de sacrificio o a una cabeza de turco. Los mitos y el folklore de culturas muy diversas ilustran abundantemente esta ilusión.

La experiencia que tiene el hombre primitivo de las fuerzas de la naturaleza se asemeja a la que tiene el niño de sus padres. Estas fuerzas tienen para él un carácter mágico: son fuentes de munificencia, pero también de maldición y destrucción. En las culturas primitivas, esta magia se compensa por la del hombre. Los sacrificios reposan sobre la creencia de que se puede escapar al destino o a las maldiciones traspasándoselas a otros.

El folklore de muchos pueblos conoce un héroe, o una heroína, como un “espíritu” maléfico maldito desde el nacimiento por razones a menudo relativas a los padres o a las circunstancias. La maldición debe realizarse muy tarde, pero el héroe, gracias a sus cualidades extraordinarias, frustra el destino trágico, cuyas consecuencias se vuelven contra algún otro. El demonio es satisfecho o frustrado, al menos temporalmente. La frecuencia de este tema no es una coincidencia. Persiste en las Prácticas, las oraciones y los rituales religiosos en relación con el sacrificio, y en las formas socialmente admitidas de encontrar una cabeza de turco. Si yo puedo desviar sobre otro el mal que me va a acontecer, yo escapo de ello. Jesús murió para expiar “mis” pecados y me dispensa por tanto del último castigo. Para el católico practicante, muere simbólicamente cada día en el “sacrificio” de la misa.

Los juegos infantiles revelan esta misma creencia. Es probablemente de origen espontáneo, pero los factores culturales citados anteriormente la refuerzan, así como las prácticas educativas. Un profesor castigará a un alumno “como ejemplo” para los demás, que escapen al castigo “por la misericordia de Dios”. Un padre, en lugar de reñir a sus propios hijos, reprobará a su compañero de juego. La misma realidad puede

acreditar esta tendencia: si un policía se lanza a perseguir un coche que corre más deprisa todavía que el mío, yo evitaré sin duda la infracción. En el hipnotismo, constituye la base del tratamiento. El hipnotizador ordena al paciente: “Pon el dolor en la puerta y sácalo de tu brazo”, y eso le “libera” de su mal.

El portador de un guión fabrica un plan secreto para esquivar mágicamente el guión, que lo considera como una entidad real, “pasándolo” a algún otro. El final del guión es como una “patata caliente”: no me quemaré demasiado las manos si, como lo espero, encuentro una víctima a quien “traspasarla”. Muchas personas marcadas por un guión hamártico juegan desesperadamente a este “juego de la patata caliente”. La creencia subyacente en esta puesta en práctica del epiguión es que resulta para ellas la única forma de escapar a su propia destrucción.

El contraguión proviene del Padre de los padres reales: el *epiguión*, por el contrario, proviene del Adulto en el Niño de la persona misma. El Pequeño Profesor es intuitivamente consciente del carácter destructor del guión y quiere apartarlo mágicamente: los mandatos del epiguión son pues semejantes a los del guión, pero aplicados a otra persona. Se transmite de Niño a Niño, con la ayuda de “juegos de la patata caliente” como “Sólo intento ayudarte”, “Hagamos que se peleen” o “Eres maravilloso”.

El epiguión acompaña a la mayoría de los guiones hamárticos. En el tratamiento es a menudo quien sostiene a la persona, más que el guión mismo. En ocasiones, epiguión y contraguión se relajan para defender a la persona contra la ansiedad unida a las primeras tomas de conciencia del guión. Después de mi experiencia, un niño lleno de osadía, vigoroso, vital, quizá más inteligente y espontáneo, engendra un epiguión más fuerte que un niño depresivo. Los que, de pequeños, han sido recalcitrantes y rebeldes, parecen especialmente aptos para transmitir uno.

Identificar el epiguión permite remontarse hasta el mismo guión. Ambos tienen un contenido semejante, pero el epiguión se transmite por transacciones y juegos manifiestos: es, pues, más aparente y visible. Para el terapeuta, ésta es una ocasión de verificar sus impresiones iniciales con el tema del guión del paciente. Esto evita al mismo tiempo confundir guión y contraguión.

A veces, los portadores de guiones hamárticos marchan bien durante un tiempo, sin haber rechazado el guión ni haber pasado al contraguión. Generalmente, es por los que están “desembarazados” de su guión, es decir, que han puesto en práctica su epiguión. Se sienten entonces temporalmente “liberados” de sus mandatos destructores. De este modo, admitimos generalmente que las “curaciones” de los Alcohólicos Anónimos se sitúan a nivel de contraguión y que el antiguo alcohólico puede permanecer en él, puesto que toma el papel de Padre frente al Niño de un borrachín. Éste no es siempre el caso: a veces, estas “curaciones” se deben al epiguión. El alcohólico está “curado” porque ha pasado a algún otro la “patata caliente” de la embriaguez por una transmisión de Niño a Niño;

He aquí dos ejemplos clínicos:

1. Un padre deja de beber en exceso, a causa, dice, de la preocupación que tiene por su hijo toxicómano. De hecho, deja de beber porque su hijo ha tomado a su cuenta la maldición y ha aceptado el epiguión del padre. El hijo fue curado y el padre volvió a ser alcohólico. El alivio temporal de estar desembarazado de su “patata caliente” se anuló cuando lo recibió de nuevo. Su propio mandato era: “Date a la bebida (o a la droga)” y, actualmente, su hijo se encuentra liberado.

2. Un joven recibió de su madre el mandato: “¡Terminarás en un asilo!”. Intenta cumplirlo sirviéndose, entre otras cosas, del LSD. El contraguión, que proviene del Padre de su padre se basa en el precepto “Trabaja duro y ten éxito en los negocios”. El padre se agotó y murió hacia los cincuenta años. Curado de su toxicomanía, el joven sigue un tratamiento de AT. Piensa, sin razón, que su guión le empuja a “trabajar en los negocios hasta morir”. Decide fieramente hacer carrera como psicólogo, una ocupación que agrada a su Niño, en lugar de dedicarse a los negocios, lo que causaría placer a su Padre. En este momento cree haber abandonado su guión destructor.

En realidad, todavía no es consciente de su guión y éste es también eficaz. Al trabajar como terapeuta, intenta escapar de él y poner en práctica un epiguión. La motivación secreta de su guión es encontrar un sustituto para “mantener” el mandato destructivo, a la espera de “esquivar” el guión sin tener que pasar al contraguión. Es muy hábil en identificar los pacientes más susceptibles de tambalearse y ser internados. Con ellos, acelera este resultado por transacciones de patíbulo. Con los otros, es auténticamente eficaz, y la elección de su nueva carrera parece excelente. Como en los juegos, su Adulto no es consciente del tratamiento selectivo que practica.

Fue en supervisión cuando descubrió el tiesto de las rosas. Su cara se iluminó de forma extraña cuando discutía la posibilidad de que uno de sus pacientes “se desmoronase” o fuera internado. El supervisor intervino: en un caso, evitó el desastre. Inmediatamente, el sujeto se puso a buscar entre sus pacientes a otro cliente potencial del hospital psiquiátrico. Confrontando con este comportamiento repetitivo, tomó conciencia de su guión. Cambió de nuevo de profesión: según su contraguión, se lanzó a los negocios, lo que era provisionalmente más seguro. Por otra parte, buscó seriamente un tratamiento. Recuerda que, en su infancia, su madre, una mujer extravagante, se jactaba a menudo de que nadie sería capaz de enviarla al asilo. El mandato de la madre “¡Terminarás en el asilo!” provenía, pues, de su epiguión, por el cual había evitado el final trágico de su guión.

Me arriesgo a decir que la motivación de muchos terapeutas de Salvadores, de jugadores de “Sólo intento ayudarte”, está primordialmente unida a su epiguión. Algunos terapeutas considerados como eficaces tienen, sin embargo, un porcentaje elevado de suicidios entre sus pacientes: esto puede deberse a su éxito finalmente demasiado bello. El guión hamártico de los pacientes vulnerables al epiguión del terapeuta se encuentra reforzado por éste, él toma la ventaja y ellos se suicidan.

A menudo, el portador de un guión hamártico está, o no, en tratamiento según el éxito que haya tenido en el juego de la “patata caliente”. Los que encuentran para esto una víctima estable, o muchas víctimas sucesivas, tienen muchas posibilidades de no

sentir su necesidad de tratamiento. Los que la reciben demasiado a menudo vienen a buscar ayuda. Desgraciadamente, lo que buscan, y encuentran en ocasiones, es una ayuda para poner en práctica su epiguión y no para rechazar el guión.

He aquí un ejemplo clínico. Una mamá consultó a numerosos terapeutas, doce en ocho años, a propósito, según decía, de la “mala conducta” de su hija. Cada vez, interrumpía el tratamiento. El examen de los momentos de entrada en terapia y de las interrupciones hacía aparecer un esquema constante. La madre abandonaba la relación de ayuda cuando el terapeuta insistía ante ella sobre lo que convenía a una joven de esta edad, o bien cuando él estaba contra su juego de “¿No es terrible?” y establecía una relación positiva con su hija. Ninguno de los once primeros terapeutas trató el guión suicida de la madre. Cuando la hija estaba de mal humor o deprimida, llevaba el epiguión de la madre. Ésta tenía entonces la esperanza, que ella expresaba en forma de temor, de que su hija se suicidase: en estos momentos no quería al terapeuta. Era cuando su hija seguía su espontaneidad y establecía unas relaciones constructivas con otras personas cuando ella la traía a tratamiento. El objetivo secreto de estas maniobras era mantener a la hija en un posición de no-estoy bien en la que, deprimida, llevaba el epiguión, lo que agradaba mucho a la madre. Volvía a la terapia cuando la depresión parecía aligerarse, para reactivarla al insistir sobre la “enfermedad” de la hija. Seguidamente, le quitaba el apoyo del terapeuta para acelerar su suicidio en lugar de su madre.

En las terapias concentradas sobre el proceso de grupo, algunas curaciones no son, en realidad, más que transferencias de epiguión de un paciente a otro. El Pequeño Profesor del primero descubre una persona vulnerable a un epiguión. Ésta se encuentra generalmente en la posición “Yo no estoy bien – Tú estás bien”. Asume entonces un papel que la conduce al resultado trágico, lo que libera temporalmente al portador del guión de su maldición.

Según algunos contratos secretos de matrimonio, uno de los cónyuges, habitualmente quien tiene un guión flexible y no destructor, está dedicado a cumplir el epiguión del otro, aliviándole de este modo, al menos por algún tiempo, de su destino trágico.

He aquí un ejemplo clínico. El paciente ha recibido de su madre el mandato “Abandona y muere” y de su padre el mandato “¡Mata!”. Exteriormente, sin embargo, el uno y el otro predicán las buenas costumbres y la justicia. El paciente reconcilió los mandatos con este guión: “Cumplir un acto violento, ser detenido, abandonar y ser injustamente muerto”. Según su contraguión, se convierte como su padre, en un pastor de rígida virtud. Predica de buena gana el fuego, el infierno y la condenación, pero esto no es suficiente para cumplir el epiguión: alguno de sus feligreses no le presta el servicio de abandonar y morir mártir, o de ir al infierno de forma demostrable. Además, se vuelve depresivo, de vez en cuando tiene breves explosiones de cólera y elige una esposa depresiva, sugestionable y pseudosuicida. De golpe, se vuelve enérgico y tiene de nuevo un éxito creciente en sus negocios, pues ella ha aceptado temporalmente su epiguión, al que su propio fondo la deja vulnerable.

Durante un tiempo, el contrato secreto de epiguión “funciona”. El marido tiene cada vez más éxito. Sus viajes se alargan sin cesar y su mujer dice que, cada vez más, sus ausencias la “matan”. Ella comienza a “abandonar”. Al borde del precipicio, su Niño lanza el epiguión y entra en tratamiento: sus propias tendencias la inclinan a la depresión, pero no a la violencia ni a la muerte. En consecuencia, ella deja a su marido su “patata caliente”. Él ha luchado tanto como ha podido para saborear su tratamiento y no entrar en el mismo. Pero, a medida que ella se desembaraza del epiguión, siente una angustia creciente ante sus propios mandatos y ha comenzado una terapia.

A menudo, un niño recibe, impotente, el epiguión de un padre. Éste es el “enfermo mental oficial de la familia”. Como saben los terapeutas familiares, no es de ordinario la patología más grave. Lo cual explica que, muy a menudo, cuando el niño portador del epiguión se aleja de casa, un hermano o una hermana es manipulado para que ocupe su lugar.

Comprendemos por qué ciertos mensajes de la Bruja están enraizados tan poderosamente en los niños. El padre lleva un guión hamártico terrible, y su Pequeño Profesor busca desesperadamente alrededor de él una persona vulnerable al epiguión. Su propio hijo ¿no es el más vulnerable y el más sugestionable? El Pequeño Profesor del padre puede, por tanto, verificar muy regularmente que el epiguión ha sido bien transmitido, lo que refuerza potentemente la implantación del “electrodo”. En ocasiones, es la única manera en que el padre manifiesta su “Niño loco”.

En el caso del paciente cuyo mandato era “Terminarás en el asilo”, hemos podido trazar la genealogía del mandato hasta la tercera generación de ascendientes. La fuerza del mensaje reside en la desesperanza del Niño de la madre, cuya creencia es que ella “terminará en el asilo” si no “transmite” su guión a su hijo. Su madre en ella, la abuela del paciente, había hecho lo mismo, así como la madre de su padre, la bisabuela del paciente. Nadie entró realmente en el asilo, pero la “patata caliente” se transmitió de generación en generación.

En la película *Los mejores años de Miss Brodie* (1969), podemos ver fácilmente en la práctica el guión, el contraguión y el epiguión. La Srta. Brodie es una joven y bonita institutriz que “sacrifica” la flor de su juventud para educar a dos jóvenes chicas según unas normas culturales refinadas. Éste es su plan de vida oficial y consciente. A medida que progresa la acción, el mandato de guión se hace cada vez más aparente: “Muere de muerte violenta por una causa heroica”. El contraguión que pone en práctica es “Vive noblemente y sacrificate por los grandes príncipes”: el contraguión “mata” su sexualidad y la empuja a renunciar al matrimonio. Pero la orientación de su guión hacia la muerte no está saciada sin embargo: debe, pues, poner en práctica su epiguión. Bajo su influencia, la más sugestionable de sus alumnas se hace matar por una noble causa, lo que alivia momentáneamente su impulso de cumplir ella misma el sacrificio supremo.

Resumen

El epiguión es una versión condensada del guión de una persona, que comprende obligatoriamente el final trágico, que intenta “traspasar” a algún otro, como lo haría con

una patata demasiado caliente para tenerla en la mano. Elige la víctima entre los que puede influenciar por transacciones Niño-Niño: por ejemplo, su hijo, su cónyuge, un paciente, un estudiante, otro miembro de un grupo sin líder.

Es el Pequeño Profesor, o Adulto en el Niño, de la persona misma, la fuente del epiguión. Intenta así evitar las consecuencias destructivas del guión por medios mágicos, en la creencia de que si la maldición puede transferirse a cualquier otro, no tendrá que sufrir.

Cuando otra persona acepta visiblemente el epiguión, el individuo tiene un arranque de energía, pues está temporalmente “liberado” de su guión. Pero cae bajo su golpe si la víctima no pone en práctica su final trágico o parece rechazarlo.

El epiguión difiere del contraguión por el hecho de que está engendrado de forma interna, según las grandes líneas del guión, por el Pequeño Profesor lleno de temor de la persona, mientras que el contraguión está enraizado en el Padre por mensajes que vienen de los padres reales.

El epiguión tiene una tonalidad desesperada “Sufriré si tú no te sacrificas por mí”. De este modo ante el rechazo de la diosa de acordar un viento favorable, Agamenón estaba dispuesto a sacrificar a su hija Ifigenia. Así mismo, Abraham estaba dispuesto a sacrificar a Isaac. El slogan del epiguión puede enunciarse “Yo te hechizo para deshechizarme a mí mismo”.

“Episcript and the Hot Potato Game”. *Transactional Analysis Bulletin*, VIII, octubre 1969: pp. 77-82 también en *Selected Articles of the T.A.B.*, San Francisco, T.A.-Press 1977, pp. 95-100. I.T.A.A.